



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 35.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Setiembre de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Las hermanas Josefinas, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**En la muerte del ilustre poeta don Narciso Serra**, poesía, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Calvario y redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Nuestra Señora de Guadalupe**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La cruz de las indulgencias**.—**Variedades**.

LAS HERMANAS JOSEFINAS.

La caridad y la religion son las dos estrellas mas purisimas y mas brillantes que derraman su fulgor en el camino de nuestra vida.

Son las dos áncoras mas seguras que pueden sostenernos y conducirnos á seguro puerto, al cruzar el agitado y revuelto mar de nuestra existencia.

Son las dos misteriosas escalas por donde, alzándonos de los abismos del mundo, podemos ascender al cielo.

La caridad y la religion unidas, forman la alegría del justo y el amparo del pecador, y son

al par el consuelo y la esperanza imperecedera de los dolores y de las penas del alma, y el consuelo y la esperanza realizada de los tormentos y las miserias del cuerpo.

La caridad y la religion ligándose de consuno, saben crear esos ángeles de la tierra que bajo el dulce nombre de *Hermanas de la Caridad*, velan junto al lecho del enfermo, acercando á sus labios la medicina salvadora; corren á los campos de batalla, olvidando el temor y la debilidad de su sexo, y restañan la sangre del moribundo, y curan al herido, calmando sus dolores y sosteniendo su fe con dulces palabras de resignacion y de cariño.

La caridad y la religion, producen tambien esas santas mujeres que apellidándose *Hermanitas de los pobres*, cuidan del anciano desvalido, y van de puerta en puerta pidiendo una limosna, no para ellas, que nada necesitan; no para ellas que han abandonado acaso bienes, comodidades, inmensas riquezas, si no para esos infelices que desheredados de la fortuna y cargados de años y de miseria, morirían tal vez olvidados del mundo y olvidándose de Dios, si ellas con su dulzura, con su abnegacion y su desvelo, no cuida-

ran de sostener su débil planta y de templar con el calor de su alma, aquellas frentes coronadas de canas y abrumadas de infortunios.

Oh! tambien, tambien la caridad y la religion inspirando á la mujer sublimes y generosas ideas, alentándola para llevar á cabo toda clase de sacrificios, la tornan en maestra de la niñez, bajo el patrocinio del grande y bondadoso José de Calazans, ó la convierten en amparo y sosten de pecadoras arrepentidas, bajo la santa institucion de las sublimes redentoristas.

Pero como la caridad y la religion son ingeniosas y previsoras; como no hay vacío que no aspiren á llenar; mal que no acudan á remediar: como se asemejan al hábil é incansable jardinero que con cien flores solamente, sabe formar mil ramos distintos, colocándolas siempre de diferentes modos y dándoles variadas apariencias, aunque las flores sean las mismas; hoy tomando otra forma, atendiendo á otra necesidad muy urgente de nuestra época, se presentan bajo un aspecto nuevo, abren un nuevo asilo, crean otro centro de bien, y bajo el amparo del Santo obrero de Nazaret, despliegan una bandera desconocida hasta ahora, y poniéndola en manos de unas débiles mujeres, escriben en ella el santo lema de religion y de trabajo.

Las hermanas Josefinas son las encargadas de llevar á cabo tan inmensa obra.

Las hermanas Josefinas son las que inspiradas de tan sublime idea, abren una inesperada senda fácil y recta á la juventud desvalida, y en medio de inmensos talleres, entre el ruido atronador de las máquinas y los telares, alzan su seguro acento bendiciendo y glorificando á Dios, y derramando en el alma de la niñez, la divina semilla de la virtud y de la fe.

Oh! los que calumnian á la mujer; los que la apellidan frívola y vana, que tornen la vista por un momento á esos establecimientos creados por la misericordia y sostenidos por la piedad, y que en su mayor parte, no solo están dirigidos y gobernados por débiles mujeres, si no creados y é instituidos por ellas mismas!

Ah! la mujer es capaz de grandes sacrificios y de indecibles actos de abnegacion, cuando su corazon se agita á impulsos de la esperanza, de la caridad y de la fe.

¿Quién si no María Magdalena abrió en el desierto ancho camino á la penitencia? ¿quién si no la gran Teresa de Jesus perfeccionó la órden del Carmelo, mostrándole al alma cristiana los hermosos horizontes de la contemplacion y del amor? ¿Quién si no la modesta Juana Jugan enseñó á la juventud vigorosa á sostener á la vejez desvali-

da? ¿y quién si no unas pobres jóvenes, sin elementos, sin fuerza, sin ayuda, bajo el nombre con que encabezamos este artículo, fundaron en época bien cercana y bien azarosa por cierto, á mediados del año 1873, una fábrica-convento en la diócesis de Salamanca, donde con el trabajo de sus manos y venciendo grandes obstáculos y grandes dificultades, no solo pudieron hacer vida común y ordenada con las prácticas religiosas, si no admitir en su compañía á muchas niñas pobres y desamparadas, las cuales, sin esta proteccion, sin esta saludable enseñanza, hubieran caido quizás en los abismos insondables de la corrupcion y el vicio?

Poco despues, y animadas por el ejemplo de estas humildes fundadoras, en la capital de Girona, se abrian otras casas destinadas como la primera á la fabricacion de géneros de punto, de mantelerías, de tejidos, de cordonería, y en ella tambien y al suavísimo fulgor de la celeste llama de la fe, mil jóvenes ignorantes y exentas por completo de toda nocion de bien, de moral, de virtud, han aprendido sus deberes; han aprendido la religion; han aprendido á saber que hay Dios, ganando al par el sustento, y á veces el pan para sus padres con el trabajo asiduo de sus manos, y con el sudor de sus puras y bellas frentes!

Oh! qué gran beneficio, que alta mision han venido á llenar las hermanas Josefinas, y cuántos males se evitarían si su santo ejemplo se imitara en todas las provincias de nuestra católica España!

Ay! los que quieren la civilizacion del pueblo, los que anhelan la instruccion de las clases obreras, los que claman á cada paso por la regeneracion y el bienestar de los hijos del trabajo, ¿por qué para llegar á este noble objeto no emprenden el camino mas fácil y mas corto, amparándose bajo el manto de la religion para realizar sus deseos y secundando los esfuerzos de las hermanas Josefinas?

Se habla en pro de la sana moral; se enaltecen las buenas costumbres; se lanza un anatema sobre el vicio; se lamenta la falta de virtud, y sin embargo no se da un solo paso para atraerla entre nosotros, no se hace un esfuerzo siquiera para evitar el mal, para atajar sus progresos, para alejarle enteramente de nuestra pobre sociedad que gime y se lamenta al escuchar nuestros denuestos, pero que al tender su mano, no encuentra la nuestra para ayudarla á salvarse.

Los que real y verdaderamente anhelan el bien de las clases desheredadas, ¿por qué no se toman el trabajo de pararse á meditar un instante, y descender con el pensamiento á esos

grandes puntos de produccion, á esos inmensos centros manufactureros, donde en un mismo local se reunen diariamente multitud de jóvenes de ambos sexos, de diferentes edades, de distintas condiciones, y á donde por lo comun se jura y se maldece, se calumnia ó se blasfema; se pronuncian palabras picantes, se dicen chistes obscenos, en presencia de la tierna niña, de la casta joven que entraron allí con el alma virgen, con el corazon inmaculado, y las cuales, poco á poco se connaturalizan con la maldicion, con la calumnia y la blasfemia, y ven caer de su frente el santo velo del pudor, y ven marchitarse en su alma, la hermosa flor de la inocencia; y la que pisó aquellos umbrales al despuntar la aurora siendo un ángel todavía, sale de aquella mansion al declinar la tarde, dispuesta á constituirse en mujer procaz ó en impúdica mesalina.

Y esto que decimos, esto que nos dicta nuestra razon, no se atreverian á negarlo ninguno de los que frecuenten los talleres ó los obradores de nuestra época.

Y aun cuando el mal no llegue á tanto, aun cuando en las horas del trabajo no adquiera la juventud el germen inmundo de la depravacion y de los vicios, ¿quereis saber lo que debe esperar una pobre madre que lleva á su hija á ganar un mezquino jornal á uno de esos sitios en donde solo se atiende á la ganancia material?

Oidme y no me tacheis de severa.

Allí al par que el trabajo del cuerpo, se aprende tambien el olvido del alma. Allí, aun las mas humildes y honradas, aprenden el amor al lujo, el estímulo, la envidia, los deseos irrealizables, la comparacion de su estado con el estado ageno, el horror á la pobreza, el cansancio del espíritu en fin, en pos del cual, vienen la lágrimas y la desventura.

¡Cuán diferentes, cuán distintas son las impresiones que recibe el alma en los talleres de las fábricas-conventos de las hermanas Josefinas!

Allí todo es paz, orden y virtud.

Allí la modestia y la humildad tienen su asilo. Allí el trabajo no se considera como una desgracia, sino como una ley justa, impuesta por Dios á todos los hombres. Allí se aprende la resignacion, el desprendimiento de las vanidades de la vida. Allí se aprende á orar, y á elevar al cielo el espíritu, santificando las alegrías y consolando los pesares.

¡Ni el fraude, ni la mentira, ni la pereza tienen entrada en aquellos lugares, creados por la caridad y protegidos por la religion!

Ya veis la diferencia, ya veis los distintos frutos que pueden esperarse de uno y otro estable-

cimiento, y decidme si la mision que vienen á llenar las hermanas Josefinas, no es altamente moralizadora, infinitamente trascendental y digna de todo elogio y de toda proteccion.

Tiéndanla pues su mano los capitalistas, déle su fuerte apoyo el honrado comercio español, hagan un pequeño esfuerzo cuantos anhelan el bien del pobre, y logremos ver entre nosotros establecida una institucion que tantos bienes puede producir.

Ahora solo nos resta dar una breve idea del género de vida adoptado por las hermanas Josefinas y de como invierten los dias en provecho del pobre y en gloria del Señor.

Se levantan al rayar el alba despues de las horas necesarias para el descanso, oyen la santa Misa y ofrecen á Dios las obras del dia despues de una breve meditacion. Á las siete empiezan el trabajo, santificándole primero con una corta oracion. Se trabaja en un completo silencio, interrumpido solo de vez en cuando por alguna ferviente jaculatoria que cada media hora lee la maestra del taller, ó por la serena y tranquila voz de una religiosa que entona las alabanzas de la Santísima Virgen ó recuerda sus dolores en los misterios del santo rosario. Á medio dia, saludada la Reina del cielo y dadas gracias á Dios por los beneficios del dia, las niñas y las jóvenes obreras salen á sus casas, y las religiosas se retiran á la capilla, donde rezan el trisagio, las letanias de los santos, y hacen un breve exámen de conciencia.

Á la media hora, se reunen en refectorio, donde, como en las demás órdenes religiosas, tienen su lectura durante la comida; despues hasta las dos se les permite un sencillo recreo.

Vuelven otra vez al trabajo y al silencio hasta las seis, en que se tiene media hora de lectura espiritual.

El trabajo continua despues, y termina todo el año á las ocho, en cuya hora las obreras vuelven á sus casas, y las hermanas á la capilla donde rezan el oficio de la inmaculada Concepcion. Se cena luego, y tambien se lee mientras.

Se permite algun recreo, se preparan los puntos de la meditacion del dia siguiente, vuelve á hacerse exámen, se rezan las oraciones de la noche, y se entrega cada una al descanso para volver á empezar al siguiente dia esta santa vida de actividad y recogimiento.

Esta es la sencilla regla de las hermanas Josefinas.

Dios las proteja en su santa empresa y haga que las veamos entre nosotros, sembrando la pura semilla de las creencias religiosas y de la sagrada fe, y abriendo con su santa ensenanza un

porvenir de paz y de virtud á la inocencia desvalida y á la juventud trabajadora.

El modesto Esposo de la Virgen María, el patron de la iglesia universal, proteja esta nueva institucion, creada en su nombre, y haga que estendiéndose en nuestra patria, sea un hermoso plantel de buenas madres de familia y de trabajadoras católicas y honradas.

Enriqueta Lozano de Vñchez.

EN LA MUERTE
DEL ILUSTRE POETA,
D. NARCISO SERRA.

Non omnis moriar. (HORACIO.)

Venció al fin: la augusta fama
Canta alegre su victoria
Y los himnos de su gloria.
De polo á polo derrama:
Y la patria que lo aclama
De la escena maravilla,
Ante él dobla la rodilla.
Y besa aquel polvo inerte
Del que es en vida y en muerte
El loco de la boardilla.

Que mientras la risa brota
A impulsos de su alto génio,
Y su nombre en el proscenio
En olas de aplausos flota,
Con mano cruel azota
La miseria su desvan
Y él llora con negro afán
Que el mal su cuerpo taladre,
Porque no tiene su madre
Ni un solo trozo de pan.

Pero aquella noche oscura
De miedo y de *sombra* llena,
Del tiempo la luz serena
Tornó día de ventura;
Acabóse la amargura
Del génio, y el sol lo baña
En gloria, mientras se ensaña
Por su muerte, con rigor,
El mas acerbo dolor
En el corazon de España.

Y en nube de ópalo y rosa
Para acallar sus pesares
El vate en dulces cantares
Habla á su patria llorosa:
—Cese tu pena angustiosa,

La dice, ¡oh España mia!
Que si en mi cuerpo la impía
Muerte sus golpes describe,
Yo vivo aquí como vive
El alma del Rey Garcia.

Y vive en la ronca nota
Que su arpa sonora vibra,
Y ruda batalla libra
Poniendo el mal en derrota:
Que aquí donde el vicio brota,
Cayendo en horas menguadas
El alma en sus emboscadas,
Es del vate la mision
El andar sin compasion,
Con el diablo á cuchilladas.

Francisco Jimenez Campaña.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

La Condesa de la Palma, al Vizconde de Prado Real.

Me pregunta V. Arturo, que ha ocurrido en esta casa desde la noche que tuve la imprudencia de conceder á V. una entrevista, y yo voy á decirselo, aunque en todo esto haya alguna cosa que no me puedo explicar.

No sé como, no sé por quien, mi esposo tuvo noticias de aquella cita. Si: debió tenerla, cuando contra sus costumbres y en aquel estado, bajó al jardín en busca mia.

Lo que pasó allí, en aquel primer instante, V. lo sabe, Arturo, V. lo sabe y escuso referirlo de nuevo.

Yo supliqué á V. que se alejara, y V. cediendo á mi ruego marchó de aquel sitio, antes de saber el desenlace de aquel drama de familia en que habia tomado una parte.

Pero lo que ignora, lo que yo ahora le voy á decir, es que Horacio al estender su mano crispada por su furor y creyendo asir mi brazo, halló una mujer que no era yó, tropezó con una mano que no era la mia, mientras oculta tras un arbus-to y protegida por su error, pude presenciar lo que pasaba y oir las palabras que se pronunciaban junto á mí.

La que allí estaba, la que de un modo tan extraño apareció en tal instante en aquel lugar, era María, era la señorita de compañía de mi madre, que providencialmente ocupó mi puesto en el momento mismo del peligro.

Horacio con la voz alterada, con el acento trémulo y descompuesto, dirigió la palabra á aquella mujer, y juzgando que era yó, pronunció algunas frases que apenas pude entender, pero que comprendí sin oírlas.

Mi corazón latía con violencia: María había estado allí antes sin duda, sin duda nos habría escuchado, y con una palabra me podía perder.

Sin embargo, su labio permaneció mudo, su labio no reveló la verdad, aceptó tacitamente la responsabilidad de mi culpa, y dejó que cayera sobre su frente todo el peso de la imprudencia que yo había cometido.

¿Comprende V. esto Arturo? ¿puede V. explicárselo de algun modo?

Yo confieso á mi pesar que nó.

Cuando me retiré á mi cuarto me dejé caer en una silla, y en mi trastornada imaginación, dí mil y mil vueltas á los sucesos referidos.

Por un lado me arrepentía de haber cedido á los ruegos de V. y pensaba los males que puede atraer un solo momento de impremeditación, en una mujer que no se pertenece: pensaba en mi buen nombre, en la paz de mi hogar perdida, si mi esposo, libre de las tinieblas que cubren sus ojos nos hubiera podido sorprender á ambos.

Oh! Arturo, Arturo, esta idea me hacia estremecer; esta idea me aterraba; y sin embargo, V. lo sabe, podré haber sido imprudente, pero ni soy ni seré culpada!

También me confundía, sin poder darme cuenta de ello, la conducta seguida por María.

Por que yo sospechaba de antemano que esta joven me espiaba, que observaba mis acciones, y aun, confieso mi error, aun juzgué que era la que había revelado á Horacio nuestra cita, guiada por un sentimiento de interés y esperando una recompensa por su delación.

¡Pero nó: esto no es cierto! María es una mujer superior; hasta ahora no lo había yo comprendido. Si hay algun móvil en su conducta, no es ciertamente, no es el afán del oro, yo he querido recompensarla y no ha admitido mi dádiva!

También en un principio juzgué que solo la sorpresa y el terror de un momento la habrían hecho callar, y una vez pasado éste hablaría, se disculparía y diría todo cuanto pasó.

Pero nó: también me engañaba.

Cuando hoy Horacio y ella se han encontrado, cuando desde mis ventanas les he visto reunirse en el jardín, he sentido un instante de terror instintivo, una especie de vértigo muy semejante al miedo, y he bajado también, lo confieso con vergüenza, para escuchar las frases que María iba á decir.

Oculto entre las ramas, he podido oír su con-

versacion, y cuando creía próxima mi acusacion y la justificacion de esa mujer, con sorpresa, con asombro inusitado, he visto que persistia en su primera resolucion, he visto que al preguntarla Horacio,

—¿A quien buscaba el hombre cuya voz pude oír anoche?

Ha contestado sin vacilar.

—«Á mi sola.»

Pero ¡ay! Horacio no ha manifestado al oír esta declaracion, toda la alegría, toda la felicidad que esto debía causarle, devolviendo la paz ha su espíritu y desvaneciendo su sospecha. ¡Nó! mi esposo ha escuchado estas frases con mas sorpresa que placer, con mas abatimiento que alegría! Yo he creído adivinar en el timbre de su voz un sentimiento de amargura y celos imposible de describir. Si; sobre la frente de mi esposo se ha estendido una nube mas sombría aun al escuchar la afirmacion de María. Yo no me he equivocado; ¡una mujer no se engaña nunca al analizar la expresion de un semblante, al leer los sentimientos de un corazón!

Oh! si Horacio amara á esa mujer! ¡si ella....! pero nó: entonces no se hubiera acusado á si misma, no hubiera consentido en aparecer culpable á sus ojos.

Semejante abnegacion no cabe en el alma de una mujer.

Y sin embargo, su conducta es un misterio para mí, un misterio que me hace sufrir, que me vuelve loca, rebajándome á mis propios ojos y arrancándome ardientes lágrimas, no se si de despecho, no sé tampoco si de dolor.

De todos modos, yo no he perdido nada en el concepto de Horacio, puedo presentarme ante él sin temor á reconvenciones ni á escenas violentas. La paz de nuestro hogar no se ha turbado, y V. puede estar tranquilo que nadie irá á pedirle cuenta de la ofensa inferida á un esposo indignado.

Démos gracias al cielo por todo esto, y evitemos en adelante estos momentos de incertidumbre y de prueba.

No nos volvamos á ver, quedando solo de este acontecimiento una sospecha nueva, y un nuevo temor en mi pecho, y la humillacion que experimentaré en adelante ante esa mujer á quien no se si admirar ó aborrecer.

Amelia.



NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

Regina angelorum.
ORA PRO NOBIS.

—*Regina angelorum.*

Añadió cayendo de rodillas y cruzando las manos con beatitud.

—*¡Ora pro nobis, ora pro nobis!*

En aquel instante los árboles que cercaban la entrada de la gruta, agitaron las ramas como movidas por un soplo de brisa, las flores incul-tas sacudieron sus hojas y llenaron el espacio con sus penetrantes olores.

El pastor se estremeció de un modo descono-cido y extraño, como si hubiera sufrido el pode-roso choque de un golpe eléctrico, y desde el fondo de la cueva llegó á su oído una voz que dijo dos veces.

—¡José, José!

Con un acento tan dulce, tan suave, tan ce-lestial, que el pobre pastor le sintió penetrar en el fondo del alma.

—¡Quién me llama! ¡quién pronuncia mi nom-bre!—murmuró extendiendo sus manos hácia el sitio de donde había partido la voz!—¿será quizá el alma de mi tierno hijo que al volar al cielo ha venido á darme el último *adiós*? ¡Oh! si es así, hijo mío, parte en buen hora á tu patria inmor-tal, y presenta entre tus alas, ante las plantas del Eterno, las bendiciones de mi lábio, y la re-signacion de mi alma!

El pastor inclinó la frente y guardó silencio, mientras su espíritu modulaba una sencilla ora-cion.

Y de nuevo la voz melodiosa y divina é inde-finible, volvió á sonar murmurando otra vez:

—¡José, José!

Con la misma armonía que un momento antes.

José comprendió que algo de sobre natural, algo de milagroso había en aquel acento, y ade-lantó de rodillas hasta el interior de la cueva, y allí esperó con la frente inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho sin osar levantar la mi-rada ni pronunciar una sola frase.

Entre tanto por la senda lejana, apareció llo-rando María.

La niña venía en busca de su padre para de-cirle que Emmanuel había muerto.

Adelantaba lentamente, pues sus piés descal-zos, apenas podían dar un paso sin ensangren-tarse con los guijarros y las zarzas del camino.

Y sin embargo, á pesar de sus lágrimas, María

alentaba en el fondo de su pecho una vaga es-peranza todavía.

¡Había orado con tal fervor y era tanta su con-fianza en la reina del cielo!

No podía olvidar aquella sonrisa que había creído ver en su purísimo semblante, ni aquel signo de asentimiento con que su ilusion le ha-bía hecho creer que respondía á su ardiente sú-plica.

—Oh! murmuró María cuando, como copos de blanca nieve, vió á lo lejos á sus obejas tendidas sobre la yerba. ¡Allí estará mi padre! Dios mío, ¿cómo le doy esta fatal nueva? ¿qué es lo que yó ahora le voy á decir?

Se detuvo un instante indecisa, pero despues recordando que su madre se encontraba sola, ace-leró el paso dispuesta á cumplir su tristémision.

Cuando llegó junto á la gruta, su padre salía de ella con el rostro transfigurado y la mirada radiante, demostrando en su aspecto algo que la niña no supo comprender.

—María,—murmuró José—ya sé á lo que vie-nes; tu hermano ha muerto ¿es verdad?

La niña inclinó la frente por toda respuesta y de sus hermosos ojos brotó un mar de dolien-tes lágrimas.

—No llores,—le dijo su padre—no llores que aun hay en el cielo remedio á nuestro mal.

—¡Ay de mí!—respondió María—¡ya estaba he-lado, padre mío, cuando yo salí!

—No importa! el Dios que con una palabra sa-có á Lázaro de su tumba, tambien puede hacer un milagro con nuestro pobre Emmanuel.

—Oh! mi madre llora mucho, y morirá de dolor si V. no viene á darle consuelo.

—Cuida del rebaño, vuelve con él á nuestra casa, hija mia, y dile á tu madre que aun no dé sepultura al cuerpo del niño.

—¿Pero V. no se vuelve conmigo?

—Ahora no: mas tarde, María: ahora tengo una gran mision que cumplir.

—Entonces.....

—Dí que emprendo el camino de Cáceres, y que no se cuanto tiempo me detendré allí; pero que á mi vuelta lo dispondré todo para devolver á la tierra los restos de mi hijo, si es que Dios á dispuesto llamarlo hácia sí.

María fué á pronunciar alguna palabra, pero cuando volvió la vista, su padre descendía por el flanco de la montaña y en breve lo perdió de vis-ta entre las sinuosidades del terreno.

III.

Cuando la niña volvió á su cabaña precedida de sus obejas y sus perros, algunas caritativas

vecinas habitadoras de las chozas inmediatas, se hallaban junto á Lorenza ayudándola y consolándola en su penar.

El cuerpo inerte de Emmanuel habia sido arrancado de los brazos de su madre, y yacia tendido sobre una mesa envuelto en un paño blanco como la conciencia del pobre niño, y cubierto de flores menos hermosas que su alma. Algunas luces amortiguadas por la luz del dia reflejaban en aquel semblante, del que la muerte no habia logrado borrar la inocente belleza.

—Es preciso llevarnos ese niño al cementerio de Cajaldo,—dijo una de aquellas piadosas mujeres que acompañaban á la pastora—su vista te desgarrará el corazón, y pues Dios lo ha dispuesto, confórmate con su voluntad, y devuélvete á la tierra el cuerpo, ya que está en los cielos el alma.

—Aun no,—exclamó Lorenza con desconsolado acento—aun no, dejadle en mis brazos todavía, dejadle á mi lado y cubierto de flores ¡ay de mí! que en la soledad de su pobre tumba va á tener miedo y va á tener frío!

—Oh! sí, sí,—se apresuró á decir María que escuchó las últimas palabras de su madre—mi hermano debe aun permanecer aquí hasta la vuelta de mi padre.

Y entonces la niña refirió palabra por palabra lo que le habia dicho José.

La voluntad de un padre es sagrada, y todos se conformaron á obedecer.

Dos días despues un lucido y magnífico cortejo se detenía ante la puerta de la cabaña.

Componíalo el alto clero, algunas autoridades y gran porción de fieles de la ciudad de Cáceres, que atraídos por un sentimiento religioso, seguían á aquel pobre pastor á quien nuestra Señora se habia dignado aparecer en la cueva de Guadalupe, manifestándole que allí estaba enterrada una santa imagen suya, enviada por S. Gregorio, en los días de su papado, al Obispo de Sevilla, y á la cual hacia seiscientos años habian depositado allí los cristianos cuando la ciudad fué tomada á sangre y fuego por las innumerables huestes moras.

Ansiando salvar del furor y la barbarie de las tropas agarenas aquella sagrada esfigie, los vencidos sevillanos, la sacaron en hombros y partieron con ella por ásperos senderos y por apartados é ignorados caminos, disputándose el honor de conducir á su reina, y alejándose con ella hasta llegar á aquella gruta ignorada, donde faltos de fuerzas y rendidos por la imposibilidad de seguir adelante, la habian enterrado, cubriendo con ramas, piedras y arbustos la entrada

de la cueva, esperando tiempos mejores para sacarla de aquel sitio.

Dios no habia permitido que esto sucediese por entonces, y allí habia permanecido todo el transcurso de tantos años, hasta que José, el pobre, honrado y cristiano pastor, habia sido escogido para cumplir la misión de descubrir aquel secreto, y de intimar al obispo de Cáceres la orden del cielo de que se buscara la Santísima imagen y se la construyera un templo en el mismo sitio donde habia estado oculta, y á donde se obrarían innumerables prodigios en favor de los que invocasen la protección de la Virgen María.

Todo esto habia dicho José, y arrastrada por el poder de su conmovedora y sencilla palabra, le habia seguido multitud de gente para ir en busca de la Reina del cielo.

Lorenza admirada de ver á su esposo al frente de la comitiva, se alzó del suelo rápidamente y corriendo hacia él, exclamó con asombro.

—José! ¿qué es esto?

—Toma á nuestro hijo en tus brazos y sígueme,—dijo tan solo el pastor.

Lorenza sin preguntar mas tomó el cadáver de Emmanuel, lo estrechó contra su seno, y obedeció sin vacilar, dominada por la solemne expresión del semblante de su marido.

Todos echaron á andar camino del monte, y un cuarto de hora despues se detenían ante la cueva donde José habia merecido el alto favor de escuchar el acento de la madre de Dios.

—Aquí és!—dijo el pastor tan solamente.

Al instante llenos de fervor algunos de los concurrentes empezaron á cavar la tierra.

Todos guardaban el mas profundo silencio con el afán y el deseo pintados en el semblante.

De pronto un grito general anunció que las esperanzas de los fieles iban á verse cumplidas.

¡Allí estaba la imagen bendita, allí estaba la alegría de los cielos, la esperanza de los hombres!

Oh! ¡cuán hermosa, cuán pura, cuán perfecta apareció á la vista de todos llenando el espacio de gloria y de luz!

¡Cuántas lágrimas de alegría, cuántas bendiciones, cuántas súplicas brotaron de todos los corazones, se escaparon de todos los labios!

Lorenza por un movimiento inesplicable acercó el niño muerto á la que aclama el mundo entero, raudal de vida y fuente de salud.

Y ¡ay! aquel niño pálido y frío, inmóvil y yerto, se agitó entre los brazos de su amante madre; sus mejillas se tiñeron de púrpura, su boca sonrió, sus ojos se abrieron y en sus labios de rosa brotó una palabra, un nombre dulce, santo, sin igual!—Emmanuel dijo:

—Madre!

¡Oh! ¿á quién se dirigia el niño vuelto á la existencia, á su madre del cielo, ó á su madre de la tierra que le estrechaba anhelante contra su seno?

¡Dios lo sabe!

Pero Lorenza sintió á aquel acento en su corazón, y ella que habia soportado tan largas horas de dolor, no pudo resistir tan inmensa alegría y cayó desvanecida en tierra, mientras el niño rodeaba su cuello con sus bracitos de ángel, y mientras María, la niña creyente, exclamaba con un grito del alma, fijando sus ojos en la Reina de los ángeles.

—¡Gracias madre mia!

Poco despues, en aquella soledad se alzaba un templo.

Y los reyes de la tierra, y los poderosos, y los nobles, y los mendigos, y los necesitados y los afligidos, y España entera encontraba allí consuelo, esperanza y vida y sosten, en la mano divina de nuestra Señora la Virgen Santísima, apellidada de Guadalupe.

Porque María es la madre del hombre, la gloria del mundo, la estrella del mar, y ella es nuestra alegría y nuestra esperanza, y el áncora de nuestra salvacion, y el refugio de nuestros pesares, y el encanto de nuestras almas, ¡y nuestra madre en fin! á quien dia por dia y hora por hora no debemos cesar de repetir.

Santa madre de Dios, bendita seas!

Santa Reina de los ángeles;

Ruega por mí.

LA CRUZ DE LAS INDULGENCIAS.

ORACION.

Salve, salve
cruz gloriosa
dulce enseña
religiosa,
paz del alma,
luz del bien.

Al pie de tu imágen postrada de hinojos
la pompa mundana condeno al desden,
te miran amantes mis ávidos ojos,
y siempre sublime con gozo te ven.

Tu que el trono
fuiste un dia
del Supremo
Redentor,
sé mi norte
sé mi guía

mi consuelo
mi alegría
y el emblema
de mi amor.

De la suerte
los rigores,
nunca débil
temeré,
si me amparan
tus favores,
y tus vivos resplandores
son antorcha
de mi fè.

Gloria á ti, cruz bendecida,
del cristiano escudo fuerte
por quien velas en la vida
y á quien salvas en la muerte.

Tus místicos rayos do quiera se ven;
las almas inundan de plácida luz;
prodigio que inspiras y alcanzas el bien
condúceme á el cielo, santísima cruz.

F. J. C.

VARIEDADES.

MISIONES DE CHINA.

Extracto de una carta del Rdo. P. Fr. Paulino Bassó, de la Orden de Predicadores, al reverendo Padre Provincial.

...He tenido el consuelo de empezar una nueva administracion en un pueblo llamado Tuó-honcsan, en el cual se convirtieron dos familias. Los medios de que se valió el Señor para atraer á estas almas á sí, no dejan de ser algo raros y prodigiosos, por lo que no puedo prescindir de referirlos.

Dos varones pertenecientes á estas familias hoy cristianas, tuvieron un sueño en la misma noche, en el que les pareció ver á un jóven que les exhortaba á hacerse cristianos, soñando además el menor de ellos que rezaba el «Ave Maria.» Grande fué la admiracion que se apoderó de ellos, cuando se refirieron mutuamente el sueño que habian tenido y vieron que habia sido el mismo; por lo que no pudieron menos de ver algo de extraordinario, teniendo en cuenta que nunca se habia acercado ningun cristiano á este pueblo, ni habian tenido trato ni comercio con ellos.

Fueron al momento en busca de cristianos, y les refirieron el sueño, recitando igualmente, todas las palabras de la Salutacion angélica el que habia soñado estaba rezando el «Ave Maria.» Preguntaron si era este el rezo de los cristianos y habiéndole contestado afirmativamente, no dudaron ser el sueño una señal del cielo por medio de la cual Dios les habia dado á conocer la verdadera Religion; en vista de lo cual emprendieron el estudio del catecismo, y fueron agregados al número de los catecúmenos, teniendo mas tarde la dicha de ser regenerados y lavados con la sangre de Jesucristo mediante las saludables aguas del Bautismo.

No ocurrió nada de particular en la administracion de lo restante del distrito, por lo que pude volver cuanto antes á mi residencia donde me esperaban los cristianos para hacer una novena extraordinaria á Nuestra Señora del Rosario para implorar la lluvia; pues estaban las sementeras secas con peligro de perder la cosecha del arroz por falta de agua.

(Concluirá.)

GRANADA:—Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.